

Revista de Ciencias Sociales

Transdisciplinar

Vol.5 Núm. 9 Julio-Diciembre 2025
ISSN: 2683-3255



UANL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE
NUEVO LEÓN

Transdisciplinar

Revista de Ciencias Sociales

Capitalismo de la soledad: La mercantilización del conocimiento y la alienación cognitiva

Capitalism of loneliness: the commodification of
knowledge and cognitive alienation

Leonardo Lavanderos

<https://orcid.org/0000-0003-4326-8210>

Universidad Tecnológica Metropolitana
Santiago, Chile

Fecha entrega: 12-12-24 Fecha aceptación: 07-05-25

Editor: Rebeca Moreno Zúñiga. Universidad Autónoma de Nuevo León, Centro de Estudios Humanísticos, Monterrey, Nuevo León, México.

Copyright: © 2025, Lavanderos, Leonardo. This is an open-access article distributed under the terms of Creative Commons Attribution License [CC BY 4.0], which permits unrestricted use, distribution, and reproduction in any medium, provided the original author and source are credited.



DOI: <https://doi.org/10.29105/transdisciplinar5.9-184>

Email: l.lavanderos@sintesys.cl

Capitalismo de la soledad: La mercantilización del conocimiento y la alienación cognitiva

Capitalism of loneliness: the commodification of knowledge and cognitive alienation

Leonardo Lavanderos

Resumen: El capitalismo de la soledad es una manifestación extrema del neoliberalismo que fragmenta las relaciones humanas y transforma los vínculos personales, familiares y comunitarios en transacciones económicas. Este sistema mercantiliza la vida cotidiana, fomenta el aislamiento emocional y social, y privatiza el conocimiento y la imaginación, reduciendo los espacios públicos para la conexión significativa. La digitalización agrava esta desconexión al ofrecer vínculos superficiales que refuerzan la alienación. Las plataformas digitales explotan la atención y los datos de los usuarios, mientras el conocimiento, históricamente un bien colectivo, se convierte en una mercancía controlada por grandes corporaciones, perpetuando desigualdades y limitando la capacidad de imaginar alternativas. Este ensayo propone el valor relacional como alternativa transformadora, priorizando la cooperación, la reciprocidad y el bienestar colectivo. En contraste con el enfoque neoliberal, el valor relacional redefine la economía desde las interacciones significativas, el conocimiento compartido y la sostenibilidad. También introduce el concepto de viabilidad sistémica, que depende de la capacidad de los sistemas para fortalecer las relaciones humanas y garantizar la resiliencia comunitaria frente a las dinámicas extractivas y competitivas. A través de una crítica al modelo capitalista, se plantea la necesidad de recuperar el conocimiento y la imaginación como bienes comunes, liberando su potencial para crear alternativas sociales y ecológicas. Este marco invita

a repensar la política, la economía y la tecnología desde una perspectiva relacional, donde el bienestar colectivo y la sostenibilidad reemplazan la lógica de acumulación y consumo perpetuo.

Palabras clave: capitalismo de la soledad, mercantilización, valor relacional, viabilidad sistémica, bienes comunes.

Abstract: The capitalism of loneliness represents an extreme manifestation of neoliberalism, fragmenting human relationships and transforming personal, familial, and community bonds into economic transactions. This system commodifies everyday life, fosters emotional and social isolation, and privatizes knowledge and imagination, reducing public spaces for meaningful connection. Digitalization exacerbates this disconnection by offering superficial links that reinforce alienation. Digital platforms exploit users' attention and data, while knowledge, once a collective good, becomes a commodity controlled by large corporations, perpetuating inequality and limiting the capacity to imagine alternatives. This essay introduces relational value as a transformative alternative, prioritizing cooperation, reciprocity, and collective well-being. Unlike the neoliberal approach, relational value redefines the economy through meaningful interactions, shared knowledge, and sustainability. The concept of systemic viability is also presented, emphasizing the need for systems to strengthen human relationships and ensure community resilience against extractive and competitive dynamics. Through a critique of the capitalist model, this paper highlights the necessity of reclaiming knowledge and imagination as commons, unlocking their potential to create social and ecological alternatives. This framework invites a rethinking of politics, economics, and technology from a relational perspective, where collective well-being and sustainability replace the logic of perpetual accumulation and consumption. The analysis challenges current paradigms, offering a path forward that prioritizes human connection and shared resources, paving the way for a society grounded in meaningful, sustainable relationships.

Key words: loneliness capitalism, commodification, relational value, systemic viability , commons.

Introducción

Vivimos en un contexto socioeconómico marcado por la individualización extrema, donde el neoliberalismo ha alcanzado su fase más destructiva. Este sistema económico eleva al individuo como único responsable de su destino, pero, paradójicamente, lo aísla de sus comunidades y relaciones significativas (Harvey, 2007; Chomsky & McChesney, 2011; Polanyi, 2001). La competencia despiadada, la desregulación de los mercados y la mercantilización de la vida cotidiana han debilitado los vínculos sociales, promoviendo la fragmentación comunitaria en favor de la acumulación individual y la eficiencia del mercado (Amin, 1999).

Este fenómeno ha dado lugar a lo que he denominado el *capitalismo de la soledad*, un estado avanzado del neoliberalismo en el que la desconexión social se ha convertido en una condición estructural (Bauman, 2000). Las relaciones humanas, que antes se basaban en la reciprocidad, la cooperación y el sentido de pertenencia, se han transformado en transacciones económicas, alimentando una creciente alienación emocional y social. Las comunidades tradicionales que ofrecían un sentido de pertenencia se han disuelto, dejando a los individuos enfrentando solos los desafíos de la vida (Elsaesser, 2020; Thiem, 2017).

En este marco, la ruptura de la relación cultura-naturaleza desempeña un papel central, ya que el neoliberalismo no solo fragmenta las comunidades humanas, sino también las conexiones esenciales entre las personas y su entorno. Este desmembramiento permite que la naturaleza, antes entendida como parte integral de la vida, se mercantilece como un recurso explotable, reforzando la lógica de acumulación y alienación. La disociación entre cultura y

naturaleza transforma la manera en que las sociedades interactúan con su entorno, sustituyendo relaciones relacionales por dinámicas de extracción y consumo desmedido.

La digitalización de las relaciones humanas ha exacerbado aún más este panorama. Sherry Turkle argumenta que, aunque las tecnologías digitales prometen conexión y cercanía, en la práctica fomentan relaciones superficiales y una desconexión emocional profunda. Las auténticas interacciones humanas son reemplazadas por vínculos virtuales, lo que conduce a una paradoja: en un mundo hiperconectado, las personas se sienten más solas y aisladas. Turkle sostiene que el uso excesivo de las redes sociales y dispositivos digitales ha debilitado la capacidad de las personas para formar relaciones significativas, ya que estas tecnologías priorizan la inmediatez y la apariencia sobre la empatía y la comprensión. La autora advierte sobre los peligros de sustituir el contacto humano real por simulaciones digitales y aboga por un equilibrio entre el uso de la tecnología y la preservación de las relaciones auténticas (Turkle, 2011). Esta ilusión de conexión dificulta la creación de vínculos comunitarios profundos y sostenibles, perpetuando el ciclo de alienación y consumo (Harvey, 2007).

El *capitalismo de la soledad* representa la manifestación más cruda del neoliberalismo. En su núcleo, este sistema explota no solo el trabajo humano, sino también las relaciones humanas, reduciéndolas a meros intercambios de valor en el mercado. Las relaciones personales, familiares y comunitarias se han convertido en mercancías. La soledad, que antes se consideraba un problema individual, es, de hecho, un producto directo de este sistema económico, que privilegia el individualismo sobre lo colectivo (Amin, 1999; Harvey, 2007).

Atrapados en la lógica del mercado, los individuos intentan llenar sus vacíos emocionales y existenciales a través del consumo. Sin embargo, este ciclo de acumulación carece de significado, mientras las relaciones humanas continúan deteriorándose (Chomsky & McChesney, 2011). Además, la digitalización de las relaciones ha profundizado este problema, dando lugar a una alienación tecnológica, en la que las interacciones humanas son reemplazadas por simulaciones y conexiones superficiales (Deleuze & Guattari, 1985).

Bajo el neoliberalismo, las comunidades han sido desmanteladas sistemáticamente. El sentido de pertenencia, que antes proporcionaba cohesión social, ha sido reemplazado por una cultura de hiperindividualismo. Las estructuras sociales tradicionales —como las familias extensas, las asociaciones locales y las redes comunitarias— se han disuelto, dejando a los individuos aislados para enfrentar solos los desafíos de la vida.

La fragmentación comunitaria no es accidental, sino una consecuencia calculada del neoliberalismo, que necesita individuos separados para funcionar. Un individuo que carece de conexiones profundas es más fácil de controlar, ya que su única opción es recurrir al “mercado” para resolver sus problemas. De esta manera, la soledad no es solo un subproducto del sistema, sino una condición necesaria para que el sistema prospere.

En las últimas décadas, la tecnología ha desempeñado un papel crucial en la profundización del capitalismo de la soledad. Aunque las plataformas tecnológicas prometen conectarnos con otros, en realidad fomentan la superficialidad en las interacciones humanas. Las redes sociales y las plataformas digitales presentan la ilusión de la conexión, pero en lugar de fortalecer los lazos

comunitarios, los debilitan. El ser humano se convierte en un producto más dentro de un sistema diseñado para extraer valor de su atención y sus datos, mientras que las verdaderas relaciones de apoyo y cercanía se desvanecen.

La digitalización de las relaciones humanas ha dado lugar a lo que podría llamarse alienación tecnológica, donde la interacción humana es reemplazada por la simulación de relaciones. En este contexto, la soledad se enmascara con una falsa sensación de estar conectado con otros, mientras que, en realidad, las personas están más aisladas que nunca.

El neoliberalismo no solo ha fragmentado las comunidades, sino que también ha privatizado los espacios públicos que solían ser el corazón de la vida comunitaria. Parques, plazas y otros lugares de encuentro han sido transformados en espacios de consumo, donde la interacción humana está mediada por el dinero. La participación ciudadana en la toma de decisiones ha sido cooptada por un sistema que ofrece una pseudo-participación, donde las voces de las comunidades son silenciadas en favor de los intereses corporativos y de las élites (Wallerstein, 2004).

Este desmantelamiento de los espacios públicos ha tenido un impacto devastador en la cohesión social, al eliminar los lugares donde se podía forjar un sentido de comunidad y pertenencia. El neoliberalismo ha creado una sociedad donde los individuos son consumidores antes que ciudadanos, reforzando aún más el ciclo de aislamiento y alienación.

La ruptura de la relación cultura-naturaleza

Para enfrentar y superar esta crisis, se requiere un cambio radical en la forma en que desarrollamos nuestras relaciones. El

pensamiento no puede dividirse en categorías como “natural” y “cultural”; es una unidad que emerge de la relación organismo-entorno. En el caso humano, esta unidad se configura a través de la relación unitaria cultura-naturaleza, donde la cultura actúa como el sistema que genera distinciones para mantener y preservar esta unidad. No se trata de buscar un equilibrio ecológico, sino de reconocer que la cultura genera las distinciones necesarias para preservar la vida en todas sus formas.

Bajo el capitalismo, esta relación unitaria se rompe. La disociación de la relación cultura-naturaleza permite que las distinciones generadas por la cultura se transformen en objetos comercializables, despojándolas de su significado relacional y reduciéndolas a meras mercancías. Lo que antes pertenecía a una red de relaciones complejas se mercantiliza, fomentando la alienación y la explotación del entorno.

Un ejemplo claro de esta disociación puede verse en la mercantilización del agua. Lo que antes era un bien relacional y comunitario, esencial para la vida, se convierte en un objeto comercializable gestionado por corporaciones, despojando a las comunidades de su control y significado original.

La solución no puede encontrarse dentro del sistema que creó el problema. Debemos construir nuevas formas de relacionalidad, basadas en la cooperación, la solidaridad y la reciprocidad, integradas en esos vínculos. Las redes de apoyo mutuo, las economías locales y las comunidades regenerativas ofrecen un camino hacia una sociedad donde las relaciones cultura-naturaleza sean más importantes que el consumo (Castells, 2010).

Este ensayo tiene como objetivo explorar las dinámicas del capitalismo de la soledad y su impacto en las relaciones sociales y económicas. A lo largo del análisis, se presentarán críticas a las estructuras neoliberales que perpetúan esta desconexión y se propondrán alternativas basadas en la cooperación, la reciprocidad y la reconstrucción de las relaciones cultura-naturaleza como pilares fundamentales para una sociedad más justa y sostenible.

Evolución histórica de la disociación: Del *oikos* al neoliberalismo

Para respaldar la afirmación de que las sociedades pueden transformarse, podemos rastrear la historia de la economía hasta el concepto de *oikos* de Aristóteles: el hogar como unidad fundamental de la economía. Según Aristóteles, el *oikos* representaba una relación integrada, donde la gestión de los recursos estaba intrínsecamente vinculada a la preservación de la vida en todas sus formas. Esta perspectiva relacional enfatizaba la unidad entre cultura y naturaleza, en la que las distinciones creadas por la cultura servían para mantener esa unidad. Sin embargo, con el tiempo, esta visión relacional fue reemplazada progresivamente por una lógica impulsada por el mercado, donde el valor se separó de su contexto cultural y ecológico, culminando finalmente en el neoliberalismo.

En el feudalismo, las relaciones económicas se basaban en vínculos relacionales entre señores y campesinos, y la tierra — como parte del *oikos*— no era una mercancía intercambiable, sino una distinción fundamental que sustentaba la vida comunitaria. Los campesinos no percibían la tierra como un recurso externo

explotable, sino como parte de su mundo vital. La unidad relacional entre las personas y la tierra formaba la base de su *ecopoiesis*, el proceso a través del cual co-configuraban la relación cultura-naturaleza. Sin embargo, con la transición hacia el capitalismo temprano, esta unidad relacional se rompió mediante procesos como el movimiento de cercamiento, donde las tierras comunales fueron privatizadas y transformadas en propiedades comercializables. Este desplazamiento interrumpió la *ecopoiesis* de millones de personas, forzándolas a convertirse en trabajadores asalariados y alterando su relación fundamental con el mundo.

A diferencia del feudalismo, el capitalismo reorganizó las relaciones económicas en torno a la acumulación y el intercambio de bienes y servicios. Las distinciones que alguna vez fueron inherentes al *oikos* se convirtieron en mercancías, y tanto el trabajo humano como la naturaleza fueron reducidos a objetos intercambiables. Este proceso de disociación se aceleró durante las revoluciones industriales de los siglos XVIII y XIX, que introdujeron nuevas formas de trabajo y explotación de recursos. Las máquinas reemplazaron el trabajo manual, y las distinciones culturales que una vez definían el valor fueron eliminadas en favor de la producción masiva y la estandarización.

La Revolución Industrial marcó un punto de inflexión, ya que las personas dejaron de configurarse a través de relaciones directas y fueron absorbidas por un sistema orientado a la producción. Los vínculos relacionales que una vez sustentaron la *ecopoiesis* se debilitaron a medida que las personas migraron a las ciudades para trabajar en fábricas, rompiendo los procesos relacionales que constituían su mundo. Lo que antes era una relación orgánica entre humanos y tierra fue reemplazada por

una relación contractual entre empleadores y empleados, donde el valor se redujo a la capacidad de generar excedentes para el capital.

Sin embargo, estas transformaciones no han sido lineales ni unilaterales. Revoluciones sociales, como la Revolución Francesa y los movimientos laborales del siglo XIX, buscaron reconstruir las relaciones sociales interrumpidas por el capitalismo. Intentaron crear modelos alternativos basados en la igualdad y la justicia social. No obstante, muchas de estas revoluciones reprodujeron la misma lógica disociativa al ignorar la relación unificada cultura-naturaleza y fragmentar el *oikos* en categorías separadas de producción y medio ambiente.

Incluso el socialismo eurocéntrico, a pesar de su crítica al capitalismo, perpetuó esta disociación. Si bien propuso reorganizar las relaciones económicas y sociales en términos de igualdad, operó sobre un modelo antropocéntrico que ignoraba el *oikos* como una unidad relacional. La gestión colectiva de los recursos no eliminó la concepción de la naturaleza como un objeto explotable, sino que simplemente trasladó el control de manos privadas a manos estatales o comunales, manteniendo la fragmentación de la *ecopoiesis*. Así, el socialismo eurocéntrico generó relaciones localizadas que, aunque promovían la solidaridad entre los humanos, continuaron la lógica disociativa y la alienación de los procesos relacionales que sostienen la vida.

En el neoliberalismo, este proceso de disociación alcanza su punto máximo. Tanto los humanos como su entorno han sido reducidos a unidades intercambiables, y cualquier distinción cultural que una vez configuró la *ecopoiesis* ha sido mercantilizada.

Paradójicamente, esta extrema mercantilización se justifica bajo el disfraz de la libertad: libertad de los mercados, libertad de los individuos y la supuesta emancipación de las restricciones tradicionales. Sin embargo, esta noción de libertad es ilusoria, ya que oculta un sistema que aliena tanto a los humanos como a la naturaleza al despojarlos de su carácter relacional y transformarlos en meros instrumentos de acumulación.

Alienación cognitiva como resultado de la ruptura cultura-naturaleza

La ruptura de la relación cultura-naturaleza no solo transforma los recursos naturales en mercancías explotables, sino que también despoja a las comunidades de sus marcos culturales de significado. Este proceso produce una alienación cognitiva, donde las formas tradicionales de conocimiento son reemplazadas o apropiadas por sistemas que priorizan el valor de intercambio sobre el valor relacional. En este contexto, el conocimiento y la imaginación, fundamentales para la sostenibilidad comunitaria, son capturados y mercantilizados por el sistema capitalista.” Bajo el sistema neoliberal, el conocimiento —que antes se entendía como un bien comunitario para el bienestar colectivo— se convierte en una mercancía más, restringida por estructuras de propiedad intelectual y controlada por élites corporativas (Adorno & Horkheimer, 1944, Fanon, 2004). Este proceso no solo interrumpe el ciclo de reciprocidad inherente a la producción de conocimiento, sino que también centraliza el poder en manos de quienes dominan la tecnología y los sistemas de información.

Este proceso de alienación cognitiva establece las condiciones para lo que puede considerarse una forma avanzada

de extracción: el robo del conocimiento y la imaginación. Al desconectar a las comunidades del conocimiento que producen colectivamente, el sistema neoliberal no solo privatiza estos recursos, sino que también limita la capacidad de las personas para imaginar y construir alternativas fuera de su lógica de mercado. Así, la mercantilización no solo afecta a los recursos naturales y materiales, sino también a las capacidades intelectuales y creativas que definen nuestra humanidad.

Con este marco, es posible explorar cómo el conocimiento y la imaginación, históricamente concebidos como motores de transformación social, son capturados y explotados en el capitalismo contemporáneo, consolidando una estructura de poder basada en la exclusión y la acumulación.

Robo del conocimiento

El “robo del conocimiento” y el “extractivismo académico y/o epistémico” son conceptos que abordan la apropiación de saberes y conocimientos en contextos marcados por desigualdades estructurales. Sin embargo, presentan diferencias significativas en su alcance, enfoque y las dinámicas que describen. Ambos términos denuncian prácticas de **expropiación del conocimiento** que perpetúan inequidades globales entre regiones y sociedades. El extractivismo epistémico se enfoca en cómo el sistema académico global utiliza y se beneficia de los conocimientos generados en comunidades periféricas o marginadas, mientras que el robo del conocimiento amplía esta perspectiva para incluir procesos de mercantilización más allá del ámbito académico. En ambos casos, el conocimiento es extraído sin un retorno justo o equitativo a las comunidades

que lo producen, lo que refuerza dinámicas de explotación y exclusión.

El extractivismo académico y epistémico se centra en las dinámicas institucionales y en cómo la academia y los sistemas de investigación globales se apropian de los conocimientos producidos en regiones periféricas. Ejemplos incluyen proyectos de investigación que documentan conocimientos tradicionales o locales para publicarlos en revistas científicas sin beneficiar a las comunidades de origen.

El robo del conocimiento, como se define en este documento, tiene un alcance más amplio, abarcando no solo la academia sino también los procesos de mercantilización del conocimiento por parte de corporaciones tecnológicas, plataformas digitales y otros actores del mercado (Zuboff, 2019). Este término resalta cómo el capitalismo captura no solo el conocimiento producido por las comunidades, sino también su imaginación y creatividad. Por lo anterior, el término “robo del conocimiento” es más adecuado porque permite capturar de manera integral los fenómenos contemporáneos de apropiación del saber. Mientras que el extractivismo epistémico se limita principalmente al ámbito académico, el robo del conocimiento incluye tanto las dinámicas de explotación intelectual en la academia como los procesos de mercantilización en el capitalismo digital. Además, el término destaca la dimensión ética de este fenómeno, subrayando la desposesión y alienación que sufren las comunidades cuando pierden el control sobre los conocimientos que generan.

Por estas razones, el uso del concepto de “robo del conocimiento” amplía y enriquece la discusión al conectar la explotación académica con los procesos más amplios de

mercantilización del saber y la imaginación en el contexto del *capitalismo de la soledad*. Esto permite una comprensión más profunda de las dinámicas actuales de exclusión y explotación, y de cómo estas pueden ser desafiadas desde una perspectiva relacional.

El extractivismo epistémico pone énfasis en las asimetrías de poder académico y cultural entre el Norte Global y el Sur Global, evidenciando cómo los sistemas coloniales y neoliberales han consolidado un control desigual sobre la producción y distribución del conocimiento.

El robo del conocimiento, por su parte, se centra en la mercantilización del saber colectivo y su transformación en un recurso que genera valor comercial. Este concepto subraya cómo el capitalismo digital extrae valor de las interacciones cotidianas y de las dinámicas relacionales, reduciendo el conocimiento a una mercancía. El extractivismo epistémico pone énfasis en las asimetrías de poder académico y cultural entre el Norte Global y el Sur Global, evidenciando cómo los sistemas coloniales y neoliberales han consolidado un control desigual sobre la producción y distribución del conocimiento. Este se centra en la mercantilización del saber colectivo y su transformación en un recurso que genera valor comercial. Este concepto subraya cómo el capitalismo digital extrae valor de las interacciones cotidianas y de las dinámicas relacionales, reduciendo el conocimiento a una mercancía.

El robo del conocimiento se refiere a la apropiación de la producción intelectual y cognitiva por parte del sistema capitalista. En lugar de ser un bien compartido en beneficio de la comunidad, el conocimiento es capturado y monopolizado por los grandes actores del mercado. Este fenómeno es evidente en la forma en que

las plataformas digitales y las grandes empresas tecnológicas han convertido el conocimiento social en una mercancía más

En las últimas décadas, el conocimiento ha dejado de ser algo generado y compartido colectivamente para convertirse en un recurso que las corporaciones pueden extraer y explotar. Plataformas como Google, Facebook y Amazon han monetizado con éxito el conocimiento generado a través de interacciones humanas. Estos gigantes no crean conocimiento directamente, sino que construyen infraestructuras que extraen valor de la información, las interacciones y las ideas de millones de personas.

Este proceso de robo del conocimiento no es diferente del robo de recursos naturales. En lugar de talar bosques o explotar minerales, las grandes corporaciones explotan el conocimiento social generado por los usuarios y lo venden sin compensar a los creadores de ese conocimiento. Esto genera una nueva forma de alienación: los individuos se ven separados del conocimiento que producen, mientras que las plataformas se benefician de esta producción intelectual colectiva.

Este proceso también transforma la educación y la investigación científica. Las universidades y los centros de investigación, en lugar de ser espacios donde el conocimiento se genera para el bien común, se convierten en fábricas de ideas al servicio del mercado. Las publicaciones académicas, en lugar de circular libremente, quedan encerradas tras sistemas de propiedad intelectual que benefician a grandes editoriales, impidiendo que el conocimiento fluya libremente.

Lo que alguna vez fue un proceso de creación colectiva, compartida y abierta, ahora está sujeto a las mismas dinámicas de mercado que gobiernan la producción de bienes materiales.

El conocimiento socialmente necesario, en lugar de distribuirse para mejorar el bienestar colectivo, se privatiza, fragmenta y comercializa (Klein, 2007).

El robo de la imaginación y su impacto en la creatividad humana

El robo de la imaginación es aún más profundo que el robo del conocimiento. No se trata solo de la apropiación de ideas o conocimientos, sino de la captura de la capacidad de imaginar alternativas y soñar con mundos diferentes. En el contexto neoliberal, la propia imaginación se convierte en un recurso que debe ser explotado, restringido y moldeado para servir a los intereses del mercado. Este proceso impide a las personas pensar más allá de las estructuras impuestas por el capitalismo, limitando su potencial para la transformación social.

Las industrias creativas —desde el cine hasta la publicidad— están diseñadas para generar imaginarios que fomenten el deseo de adquirir productos o experiencias. En lugar de liberar la creatividad humana para imaginar nuevas formas de organización social, la imaginación se domestica y canaliza hacia el consumo. Se incentiva a las personas a imaginar su éxito o felicidad no a través de la transformación social, sino mediante el consumo de bienes y servicios (Florida, 2003).

El robo de la imaginación se produce cuando la capacidad de pensar más allá del presente es cooptada por narrativas que perpetúan el statu quo. En lugar de imaginar futuros colectivos, solidarios y equitativos, el sistema neoliberal promueve imaginarios de éxito individual, competencia y acumulación. De este modo, la imaginación, que podría ser un motor de cambio, se

convierte en una herramienta para mantener las estructuras de poder existentes (Graeber, 2011).

El neoliberalismo también ha desmantelado los espacios donde la imaginación colectiva podría florecer. La privatización de los espacios públicos, la cooptación de la cultura por grandes corporaciones y la precarización de la vida han reducido las oportunidades para que las personas se reúnan, compartan ideas y construyan visiones alternativas de futuro. El robo de la imaginación no es solo un proceso cultural, sino también político: al limitar los espacios de intercambio y reflexión colectiva, el sistema reduce la posibilidad de que surjan ideas disruptivas que desafíen el orden establecido.

Viabilidad sistémica y valor relacional como alternativas

La viabilidad sistémica, entendida como la capacidad de un sistema para reproducir las relaciones que lo definen, solo puede lograrse a través de conexiones que fortalezcan el tejido relacional y prioricen el bienestar colectivo sobre el individualismo destructivo. Según Lavanderos y Malpartida (2023), esta viabilidad depende de relaciones vinculares basadas en la reciprocidad y la cooperación, sin las cuales cualquier sistema está condenado a reproducir las lógicas de exclusión y explotación que caracterizan al capitalismo contemporáneo. Reconstruir las redes de identidad colectiva desmanteladas por el neoliberalismo requiere repensar la política, la economía y la tecnología desde una perspectiva relacional. En este enfoque, el valor no se mide únicamente por el trabajo físico o la acumulación individual, sino por el conocimiento compartido y las relaciones generadas.

En este contexto, el valor relacional desafía los fundamentos tradicionales de la teoría del valor-trabajo de Marx, que determinaba el valor de una mercancía con base en el tiempo de trabajo socialmente necesario para producirla (Marx, 1867). Aunque este enfoque ha sido crucial para entender las dinámicas explotadoras del capitalismo industrial, el trabajo físico ya no es la única fuente de valor. En la crematística digital y globalizada, el conocimiento social y las relaciones entre individuos y sistemas desempeñan un papel significativo en la creación de valor. Aquí, el capitalismo roba el conocimiento y la imaginación, capturando la creatividad y el intelecto de las personas no solo para generar valor de intercambio, sino también para restringir la capacidad de imaginar alternativas fuera de su lógica de mercado (Thiem 2017; Elsaesser 2020). Esto plantea un desafío fundamental al modelo marxista clásico, ya que el valor actual no puede explicarse únicamente a través del trabajo humano, sino que surge de las relaciones, el conocimiento compartido y la imaginación colectiva, todo lo cual el capitalismo busca controlar y mercantilizar (Drucker, 1993).

En el capitalismo contemporáneo, el conocimiento ha adquirido un papel central como factor determinante en la creación de valor. A medida que la tecnología avanza, la inteligencia artificial y las plataformas digitales han transformado profundamente la organización y valorización del trabajo humano (Fuchs, 2014). En este contexto, el valor ya no se basa exclusivamente en el trabajo físico, sino en la capacidad de gestionar, crear y compartir conocimiento dentro de redes sociales y tecnológicas más amplias (Piotrowska, 2020).

Este cambio de paradigma exige una reconsideración del concepto de valor. Aquí emerge el **valor relacional** como una alternativa clave, desligada del tiempo de trabajo socialmente necesario propuesto por la teoría del valor-trabajo de Marx.

En la teoría del valor-trabajo de Marx, el valor de una mercancía se determina por el tiempo de trabajo socialmente necesario para su producción. Este valor refleja el tiempo necesario bajo condiciones normales de producción. Sin embargo, en las economías contemporáneas, el conocimiento se ha convertido en una fuente de valor que no puede medirse únicamente en horas de trabajo. Esta limitación del marco teórico de Marx, que vincula el valor al tiempo de trabajo socialmente necesario, no considera cómo el conocimiento contribuye a la generación de plusvalor.

Por ejemplo, un científico o programador puede crear plusvalor en un breve período, pero su capacidad para hacerlo se debe a años de conocimiento y habilidades acumulados, que no pueden ser fácilmente cuantificados en horas de trabajo actuales. Además, la innovación y el conocimiento tácito (aquellos no documentados formalmente) no pueden medirse en unidades de tiempo específicas. Desarrollar un algoritmo innovador puede tomarle a un ingeniero de software solo unos días, pero su impacto en el mercado es exponencial, lo que desafía la reducción a simples horas de programación.

Esta crítica resalta la necesidad de nuevos marcos teóricos, como el valor relacional, para abordar las limitaciones de las teorías económicas tradicionales y dar cuenta del papel significativo del conocimiento, la creatividad y las relaciones en la creación de valor contemporáneo.

Valor relacional: Una perspectiva sistémica

El valor relacional no se define por el esfuerzo individual ni por el intercambio comercial, sino por las **dinámicas relacionales** que determinan cómo una comunidad comprende, valora y organiza su entorno. En este sentido, el valor relacional:

- **Prioriza la interdependencia:** Reconoce que el bienestar de un sistema depende del grado de vinculación cultura-naturaleza.
- **Fomenta la reciprocidad y la cooperación:** En lugar de basarse en la competencia, el valor relacional promueve el fortalecimiento del tejido cultura-naturaleza.
- **Integra el conocimiento como un bien compartido:** Considera el conocimiento no como una mercancía, sino como un recurso colectivo que sustenta la viabilidad del sistema relacional.

El valor relacional como alternativa al modelo capitalista

Frente a la lógica del capitalismo, que prioriza el valor de intercambio y la acumulación individual, el valor relacional ofrece una alternativa orientada hacia:

- **La relacionalidad:** Reconociendo que la relación cultura-naturaleza es esencial para la preservación de la vida humana.
- **La economía colaborativa:** Promoviendo sistemas económicos basados en el intercambio justo, necesario, la creación colectiva de valor.

- **La resiliencia comunitaria:** Fortaleciendo las redes heteráquicas que garantizan el bienestar a largo plazo frente a las crisis globales.

Hacia un nuevo paradigma relacional

El valor relacional y la viabilidad sistémica representan una visión transformadora que cuestiona las premisas fundamentales del capitalismo contemporáneo. Este enfoque redefine la forma en que concebimos la economía, el conocimiento y las relaciones, priorizando la sostenibilidad, la equidad y el bienestar colectivo sobre la explotación y el consumo ilimitado. Al colocar las relaciones en el centro de los sistemas, se abre el camino hacia un futuro más justo y viable, donde el progreso no se mida por la acumulación de riqueza, sino por la calidad de las conexiones que sustentan la vida.

El conocimiento como precursor del trabajo

Entender el conocimiento como precursor del trabajo implica reconocer que **conocer es un acto configurativo**, un proceso en el cual se establecen distinciones y se organiza el mundo dentro de un **campo semiótico**. En este marco, el valor no puede limitarse únicamente a las categorías de uso e intercambio, ya que el objeto está cargado de simbolismos y significados culturales. **Sin conocimiento previo, es decir, sin un entorno que otorgue sentido al objeto como relación, no es posible hablar de valor de uso ni, mucho menos, de valor de cambio.**

Por esta razón, el conocimiento precede al trabajo y desempeña un papel **fundamental y primario** en la creación

de valor, incluso antes de que ocurra el trabajo productivo en su sentido clásico. El conocimiento informa, facilita y configura el trabajo. Antes de que un trabajador pueda realizar cualquier actividad productiva, debe poseer algún grado de conocimiento —ya sea técnico, práctico o experiencial— que haga posible la ejecución efectiva de dicha actividad. Este conocimiento no solo es una herramienta instrumental, sino también el **punto de partida** desde el cual se construyen los procesos productivos.

Ejemplos: El mercado capitalista y los objetos fuera de él

Un claro ejemplo de cómo un objeto puede adquirir valor exclusivamente dentro del mercado capitalista, pero perderlo fuera de este contexto, se encuentra en ciertas categorías como el arte contemporáneo, las criptomonedas y los bienes de lujo:

1. Obras de arte conceptual

- **Dentro del mercado capitalista:** Una instalación artística, como un cubo de vidrio o una pila de ladrillos, puede alcanzar valores millonarios en subastas y galerías. Su valor es determinado por el contexto cultural, el prestigio del artista y la narrativa construida alrededor de la obra.
- **Fuera del mercado:** Sin el marco del mercado del arte, estas piezas se perciben como materiales ordinarios, carentes de significado o valor intrínseco. El objeto pierde su carga simbólica cuando se lo separa del entorno semiótico que le otorga relevancia.

2. Criptomonedas y NFTs

- **Dentro del mercado capitalista:** En el contexto de la economía digital, las criptomonedas y los NFTs (tokens no fungibles) tienen un valor basado en la percepción de escasez y exclusividad, lo que los convierte en activos de intercambio altamente valorados.
- **Fuera del mercado:** Sin la estructura del mercado financiero y digital, un NFT es simplemente un archivo digital registrado en una blockchain, careciendo de valor práctico o simbólico fuera de este contexto.

3. Ropa de lujo

- **Dentro del mercado capitalista:** Una camiseta de marcas como Gucci o Balenciaga adquiere un alto valor gracias a su simbolismo cultural, diseño exclusivo y la percepción de estatus asociada a la marca.
- **Fuera del mercado:** Privada de su contexto capitalista, la misma camiseta se convierte en una prenda indistinguible de cualquier otra, perdiendo su valor de uso diferencial y su carga simbólica.

Estos ejemplos demuestran cómo el valor de un objeto está condicionado por las **relaciones culturales y de conocimiento** previas que configuran su significado dentro del mercado capitalista. Fuera de este marco, los objetos pierden su capacidad de generar valor, reforzando la idea de que el conocimiento es el precursor del valor al construir los entornos y significados que dotan de sentido a los objetos en sus respectivos sistemas.

La relación de los mapuches con la tierra: Una perspectiva relacional

La relación de los Mapuches con la tierra trasciende la visión occidental de la propiedad y explotación de recursos. Para este pueblo originario, la tierra no es un objeto utilitario ni una fuente de riqueza, sino un ente vivo, una entidad sagrada con la que mantienen un vínculo profundamente espiritual, cultural y comunitario. Este enfoque relacional concibe a la tierra, los humanos y los elementos naturales como partes de un tejido interdependiente de reciprocidad y equilibrio.

En la cosmovisión mapuche, la tierra es Ñuke Mapu (Madre Tierra), una entidad que da vida y sustento a todos los seres. Esto implica que los Mapuches no se consideran propietarios de la tierra, sino guardianes de su cuidado y reproducción.

La relación mapuche con la tierra contrasta drásticamente con la perspectiva capitalista, donde la tierra es vista como un bien mercantilizable. Mientras el capitalismo reduce la tierra a una propiedad destinada a la acumulación, los Mapuches la entienden como un sujeto vivo, un vínculo esencial que garantiza la continuidad de la vida.

La afirmación “la tierra es constitutiva del entornar” resalta una diferencia fundamental en cómo se percibe la tierra en distintas cosmovisiones y sistemas de valor. En una perspectiva relacional, como la de los Mapuches, la tierra no es simplemente un recurso externo que puede ser utilizado o explotado, sino que es constitutiva del entornar, es decir, forma parte esencial de las relaciones que configuran la vida. Esto implica que la tierra no se concibe como algo separado de los seres humanos o de las demás formas de vida,

sino como un elemento **intrínseco y vital** que configura el **entorno relacional** en el que existen y coexisten todos los seres.

Diferencia clave: Recurso vs. relación

- **Enfoque utilitarista (capitalista):** La tierra es un recurso que puede ser poseído, explotado y comercializado. Su valor es instrumental, determinado por su utilidad para generar riqueza o satisfacer necesidades inmediatas. En este enfoque, la tierra es un objeto externo al sistema humano, algo “otro” que se domina y transforma según las necesidades del mercado.
- **Enfoque relacional:** La tierra es constitutiva del entornar porque no es un elemento separado del ser humano o de la comunidad. Es parte del tejido de relaciones que da sentido a la vida y permite su viabilidad. Aquí, la tierra es un **sujeto activo**, cargado de significados culturales, espirituales y comunitarios, y su cuidado es inseparable del bienestar colectivo.

Decir que la tierra es constitutiva del entornar subraya que no es un objeto aislado ni un bien transaccional. Es el **fundamento relacional** que estructura la relación organismo-entorno, y es esencial para la vida en su conjunto. Este enfoque relacional transforma la forma en que concebimos la tierra, pasando de verla como algo externo que se utiliza, a entenderla como constitutiva de nuestra *ecopoiesis* (Lavanderos & Malpartida, 2023).

Relación entre conocimiento, tecnología y plusvalor

En el modelo tradicional, el plusvalor se genera a partir del trabajo excedente del trabajador. Sin embargo, en el contexto de

la economía del conocimiento, la tecnología y el conocimiento permiten un aumento de la productividad sin necesidad de extender las horas de trabajo. De esta manera, el capitalista puede generar más valor sin depender exclusivamente de la explotación del tiempo de trabajo. La tecnología y el conocimiento permiten la automatización de los procesos productivos, creando más valor con menos trabajo directo. En este sentido, el plusvalor relativo (basado en la productividad) aumenta gracias al conocimiento aplicado.

Desde la perspectiva del valor relacional, el conocimiento también puede entenderse como una relación que da forma al valor de las mercancías y a las interacciones económicas. El conocimiento no es simplemente una acumulación de datos o habilidades, sino una dinámica relacional entre personas, instituciones y el espacio de significado. Esta relación es la que precede y organiza el trabajo.

El conocimiento no puede entenderse de manera aislada, sino en términos de las relaciones que definen su valor. Estas relaciones incluyen comunidades de práctica, instituciones educativas y sistemas de innovación que posibilitan la generación y el intercambio de conocimiento. En este sentido, el conocimiento es una forma de valor relacional que estructura cómo el trabajo crea valor y no puede medirse en horas de trabajo. Este enfoque introduce una crítica contemporánea al pensamiento de Marx, argumentando que el valor y el plusvalor no pueden reducirse únicamente al trabajo físico y al tiempo, sino que también dependen de las relaciones de conocimiento que preceden y configuran el trabajo.

Importancia del conocimiento socialmente necesario y del valor relacional para la sostenibilidad

El valor relacional se basa en la capacidad de las redes para producir y sostener relaciones que promuevan la cooperación y generen bienestar colectivo. La viabilidad sistémica, entendida como la capacidad del sistema para perdurar y reproducirse en el tiempo, depende de la fortaleza y resiliencia de estas relaciones (Harvey, 2007). En un sistema viable, el conocimiento social y la reciprocidad reemplazan el individualismo y la competencia destructiva.

Como señala Ostrom (1990), la viabilidad sistémica solo puede lograrse si las relaciones dentro del sistema son lo suficientemente robustas como para sostener el bienestar de sus miembros. En este contexto, el valor relacional se vuelve fundamental, ya que el conocimiento compartido y las relaciones sociales —en particular la relación cultura-naturaleza— son la base para la sostenibilidad. Según Lavanderos y Malpartida (2023), estas relaciones fundacionales permiten la creación de sistemas resilientes que priorizan el bienestar comunitario frente a las dinámicas del capitalismo neoliberal.

En contraste, el capitalismo neoliberal, con su enfoque en la acumulación individual y el consumo, ha desmantelado las redes sociales que anteriormente proporcionaban cohesión y apoyo. El valor relacional ofrece un modelo alternativo, proponiendo una economía basada en la cooperación, la reciprocidad y la confianza, que genere y sostenga valor a lo largo del tiempo. El conocimiento compartido, las relaciones humanas y la capacidad de co-creación se convierten en pilares de un sistema sostenible, evitando las

dinámicas destructivas de la competencia y el individualismo (Botsman & Rogers, 2010).

El valor relacional como precursor del valor de uso e intercambio

El valor relacional (VR) precede tanto al valor de uso como al de intercambio, ofreciendo una reinterpretación significativa de los enfoques económicos clásicos. La teoría económica tradicional entiende el valor principalmente en términos de uso o intercambio. Sin embargo, el VR plantea una perspectiva más fundamental, donde los contextos culturales y sociales determinan cómo se configuran estos tipos de valor.

El VR sostiene que el valor no surge únicamente de la capacidad de satisfacer una necesidad humana (valor de uso) o de la posibilidad de ser intercambiado en el mercado (valor de intercambio), sino de las relaciones que definen los objetos dentro de sus contextos cultura-naturaleza. En este sentido, el VR actúa como una condición previa que orienta y organiza cómo se manifiestan el valor de uso o de intercambio. Considerar el VR como un patrimonio cultural implica que este no es un recurso individual ni privado, sino una construcción colectiva que refleja las prácticas, creencias y formas de vida de una comunidad. El VR se configura a lo largo del tiempo mediante los vínculos que la comunidad establece con su entorno natural y social. No se trata simplemente de objetos de valor, sino de la relación que una comunidad mantiene con esos objetos en un contexto cultural determinado.

Si el VR es más fundamental que el valor de intercambio, el capitalismo, centrado en el valor de intercambio, no puede

comprender ni respetar plenamente el valor relacional de los objetos dentro de los contextos culturales. Las decisiones financieras que priorizan el valor de intercambio sobre el VR a menudo resultan en la destrucción de relaciones fundamentales entre las personas y su entorno.

El VR también es clave para entender las dinámicas de viabilidad. Las decisiones tomadas únicamente con base en el valor de uso o de intercambio corren el riesgo de explotar y degradar los entornos naturales. Al considerar el VR, la preservación de los recursos se vuelve esencial, ya que la viabilidad de la relación cultura-naturaleza es vital para la vida comunitaria. Así, el VR no solo ofrece una nueva base ética para el intercambio, sino que también garantiza la viabilidad relacional sistémica al preservar las dinámicas relacionales que sostienen la vida.

Valor relacional y la economía colaborativa: Hacia una nueva ética del intercambio

Como indicamos en el párrafo anterior, el valor relacional se presenta como un precursor tanto del valor de uso como del valor de intercambio. La relación con un objeto, concebida culturalmente o en su contexto cultural, determina cómo será distinguido y utilizado antes de entrar en el proceso simbólico de intercambio. En los sistemas económicos solidarios, como las cooperativas agrícolas, el valor relacional desempeña un papel fundamental. Antes de que un producto pueda adquirir valor de uso o de intercambio, su valor se configura primero en la relación entre los miembros de la comunidad y el entorno que lo produce. Esto contrasta con el enfoque capitalista, donde el valor se reduce a su potencial de intercambio.

Para reconstruir las redes de identidad colectiva desmanteladas por el neoliberalismo, es esencial repensar la política, la economía y la tecnología desde una perspectiva relacional. El valor relacional ofrece un nuevo marco para comprender la creación de valor, donde las relaciones humanas y el conocimiento social impulsan una economía viable. Este enfoque desafía el modelo capitalista de acumulación individual e invita a imaginar un sistema en el que la cooperación y la reciprocidad formen la base del bienestar colectivo.

La política, vista a través del lente del valor relacional, debe centrarse en el fortalecimiento de las redes sociales, garantizar una distribución justa del conocimiento y crear condiciones para que las comunidades generen valor mediante la colaboración y la sostenibilidad. Una economía basada en el valor relacional enfatiza el desarrollo de capacidades colectivas y la creación de sistemas resilientes capaces de perdurar en el tiempo. Esta perspectiva integra el valor relacional con el concepto de viabilidad sistémica, subrayando la importancia del conocimiento compartido y las relaciones en la construcción de sistemas robustos para la vida.

Reconstrucción del conocimiento y recuperación de la imaginación

Para enfrentar el robo del conocimiento y la imaginación, debemos repensar cómo nos relacionamos con ambos. Es fundamental reclamar el conocimiento como un bien común, una fuerza que debe ser compartida y utilizada para el bienestar colectivo. De igual manera, es urgente liberar la imaginación de las restricciones impuestas por el mercado y fomentar una creatividad que no esté al servicio de la acumulación capitalista, sino de la construcción de alternativas sociales y ecológicas.

La creación de redes de conocimiento libre es un paso vital para contrarrestar la captura del conocimiento por parte del capitalismo. Estas redes deben basarse en la cooperación, la reciprocidad y el acceso directo, permitiendo que el conocimiento fluya libremente y beneficie a todos. Estas redes deben resistir la privatización del conocimiento y crear espacios donde se pueda generar y compartir horizontalmente.

Recuperar la imaginación implica liberar nuestra capacidad de pensar y crear futuros alternativos que no estén moldeados por la lógica del mercado. Esto involucra fomentar espacios donde las personas puedan imaginar nuevas formas de organización social, política y económica basadas en la cooperación, la sostenibilidad y la justicia. Estos espacios de imaginación colectiva son fundamentales para construir alternativas viables al capitalismo y desafiar las narrativas que perpetúan la desigualdad y la explotación.

Conclusión

El capitalismo de la soledad representa una ruptura radical de las relaciones configurativas que sostienen la vida en su diversidad. En este sistema, la mercantilización de los vínculos humanos y de los procesos culturales no solo ha transformado las relaciones personales y comunitarias en transacciones económicas, sino que también ha disociado la configuración unitaria de la cultura-naturaleza. Esta fragmentación no es un accidente, sino una condición estructural que refuerza la lógica del mercado y el hiper individualismo como únicas vías posibles de organización social.

En este contexto, la soledad estructural no es un síntoma, sino el resultado de un proceso que captura tanto el conocimiento como la imaginación. Las grandes plataformas y sistemas tecnológicos no solo extraen valor de las conexiones humanas, sino que también reconfiguran los entornos donde emergen las posibilidades de significar y cohabitar. Este “robo del conocimiento” y “robo de la imaginación” niega la capacidad de comunidades y personas para generar sentido fuera de los límites impuestos por el mercado.

Desde una perspectiva relacional, no podemos hablar de naturaleza como algo externo que requiere ser protegido o respetado. En lugar de ello, entendemos que la configuración unitaria cultura-naturaleza es el campo donde se generan las distinciones que hacen posible la vida. Esta relación no es algo que debe “repararse” desde una postura externa, sino una condición que debe ser reconocida como inherente a cualquier forma de viabilidad sistémica.

El valor relacional, como alternativa, desafía directamente esta lógica de fragmentación. Al reconocer que la vida emerge de un entramado de relaciones configurativas, se replantea el concepto mismo de valor: no como algo inherente al objeto o al sujeto, sino como el sentido que emerge de las relaciones que configuran un sistema. Esto implica abandonar la obsesión por el crecimiento acumulativo y reconfigurar las dinámicas de coexistencia desde una perspectiva que privilegie la sostenibilidad del vínculo, no de las partes.

La transformación necesaria no radica en un simple cambio de prácticas, sino en la construcción de nuevas formas de relacionalidad que hagan visibles las configuraciones que sostienen la vida. En lugar de promover una digitalización que separa y aliena, es posible imaginar redes que refuercen los vínculos

configurativos, haciendo que el conocimiento y la imaginación vuelvan a ser procesos colectivos, abiertos y orientados hacia la viabilidad sistémica.

El capitalismo de la soledad no es un destino inevitable. Reconocer que las relaciones son constitutivas y no interactivas nos permite pensar en alternativas que superen la lógica del mercado. La historia muestra que los momentos de crisis abren espacios para reconfigurar las condiciones de habitabilidad. Hoy, más que nunca, es necesario recuperar las dinámicas relacionales que nos permitan cohabitar en un sistema donde lo humano y lo no humano no sean categorías separadas, sino distinciones configuradas en un campo relacional más amplio. Finalmente, es vivir con otros y no acosta de otros.

Referencias

- Adorno, T. W., & Horkheimer, M. (1944). *Dialectic of Enlightenment*. Stanford University Press.
- Amin, A. (1999). An Institutional Perspective on Regional Economic Development. In *Regional Studies* (Vol. 33, pp. 112).
- Bauman, Z. (2000). *Liquid Modernity*. Polity Press.
- Bammens, Y., Voordeckers, W., & Van Gils, A. (2011). The role of family firms in the innovation process: A literature review. *Journal of Family Business Strategy*, 2(2), 107120.
- Castells, M. (2010). *The Rise of the Network Society*. WileyBlackwell.

- Chomsky, N., & McChesney, R. W. (2011). *Profit Over People: Neoliberalism and Global Order*. Seven Stories Press.
- Deleuze, G., & Guattari, F. (1985). *A Thousand Plateaus: Capitalism and Schizophrenia*. University of Minnesota Press.
- Eddleston, K. A., & Jennings, J. E. (2024). Creating and sustaining mutualistic wellbeing: Toward a theory of family and business symbiosis. *Journal of Family Business Strategy*, 15(3), 100636.
- Elsaesser, T. (2020). *The Persistence of Cinema: The Missing Link in the Digital Age*. Columbia University Press.
- Fanon, F. (2004). *The Wretched of the Earth*. Grove Press.
- Ferrero Group. (2023). Retrieved from [Ferrero Group website].
- Gallo, M. Á. (2018). *Family Business Management: A Practical Guide*. Routledge.
- Harvey, D. (2007). *A Brief History of Neoliberalism*. Oxford University Press.
- Kets de Vries, M. F. R. (1993). The dynamics of family business: A psychoanalytic perspective. *Family Business Review*, 6(2), 161177.
- Kleve, H., Köllner, T., von Schlippe, A., & Rösen, T. A. (2020). The business family 3.0: Dynastic business families as families, organizations and networks—Outline of a theory extension. *Systems Research and Behavioral Science*, 37(3), 516526.
- Lavanderos, L., & Malpartida, A. (2023). Life as a relational unit, the process of ecopoiesis. *Kybernetes*. <https://doi.org/10.1108/K0520230859>

- Miller, D., & Le BretonMiller, I. (2005). *Managing for the long run: Lessons in competitive advantage from great family businesses*. Harvard Business Review Press.
- Polanyi, K. (2001). *The Great Transformation: The Political and Economic Origins of Our Time*. Beacon Press.
- Sherry Turkle (2011). *Alone Together: Why We Expect More from Technology and Less from Each Other*. Basic Books.
- Thiem, C. (2017). *The Politics of Loneliness: Social Isolation in the Age of Digital Communication*. Cambridge University Press.
- Wallerstein, I. (2004). *World Systems Analysis: An Introduction*. Duke University Press.
- Zahra, S. A., & Sharma, P. (2004). Family business research: A strategic reflection. *Family Business Review*, 17(4), 331346.